

INTRAMUROS

Se despojó del hábito y lo colocó primorosamente sobre el respaldo del sofá, se sentó sobre los cojines y lentamente se descalzó, se estiró y con igual parsimonia buscó el confort que le ofrecía aquel apreciado mueble.

Entornó los ojos y por primera vez en mucho tiempo echó en falta la presencia de la hermana Imelda. Tendría que tomar una decisión y elegir entre las novicias una substituta. Se arrepintió por enésima vez de haber tomado aquella decisión tan drástica, pero Imelda se estaba sobrepasando y no quería una chivata en su congregación; los asuntos del convento debían permanecer en el convento y no dar oídos a sordos. Fue una suerte que desde el obispado la llamaran a *CAPÍTULO*; así pudo enterarse de que don Ramiro, el párroco, mantenía relación epistolar con Imelda y este mantenía informado al obispado de "lo que se cocía allí dentro". Le sorprendieron aquellas palabras y aún más que salieran de la boca de su Excelencia Reverendísima, pero lo que peor le sentó fue que la estúpida monjita fuera con el cuento a sus espaldas. Había estado ciega y la culpa era de Juanillo, que hacía de recadero. Agradecía al Señor que le hubiera dado el castigo merecido; allí estaba postrado en su cama bajo los cuidados de sor Matilde. El mozo no levantaba cabeza; cada vez estaba más consumido. Ella sabía que Dios imponía su Justicia Divina; el desacato a las normas tenía su castigo y, por supuesto, el correctivo ordenado por ella se estaba cumpliendo.